

Vivir las ideas (políticas) para combatir el fragmento y el olvido

ANTONI GUTIÉRREZ-RUBÍ

Assessor de comunicació

“La vida sin memoria no es vida”.

Luis Buñuel

Manfred Osten ha escrito recientemente un interesante e imprescindible libro: *La memoria robada. Los sistemas digitales y la destrucción de la cultura del recuerdo. Breve historia del olvido*. El autor nos alerta que “aunque los sistemas son cada vez más potentes y de ellos se espera que descarguen de trabajo a la memoria humana, se están volviendo cada vez más frágiles y, de este modo, están propiciando la pérdida irreparable de la memoria cultural”.

La reflexión es muy pertinente -y merece un debate- en un mundo en el que la tecnología de tratamiento, almacenamiento y gestión de datos es capaz de doblar, casi anualmente, toda la información disponible. Quizás, antes de 2040 la capacidad de procesamiento de Internet será mayor que la de los cerebros de todos los habitantes de la Tierra. Una reflexión imprescindible, también, para el ámbito de la política.

La fragilidad tecnológica de la que habla Osten, ¿es la causa o la consecuencia de una creciente cultura del olvido? Como apunta Juan Freire, “existen diferentes velocidades en los desarrollos tecnológicos que deberían avanzar en paralelo. Así, hemos pasado a archivar ‘cerebros externos’ sin preocuparnos demasiado por la fiabilidad de los sistemas tecnológicos que nos dan soporte. Esto posiblemente tenga relación con la escasa preocupación que mostramos por pensar en los nuevos modos en que manejaremos esas memorias externas en el futuro.”

La memoria no garantiza el recuerdo si no es emocional. Sólo los recuerdos vividos son perdurables y no se olvidan. Ahí están las oportunidades para la política, para los progresistas. Vivir el presente, vivir las ideas, para no olvidarlas y, así, ser capaces de un relato de la esperanza y del futuro

Disponemos de más memoria (informática) y cada vez sentimos –crecientemente– que se desvanece aquello que deberíamos recordar siempre y nunca olvidar. Una sensación extraña nos invade al guardar y archivar digitalmente. ¿Es el inicio de la pérdida de la memoria en relación al dato, la cita, la idea? ¿Archivamos para olvidar? Algunos expertos hablan de un nuevo “síndrome de

Diógenes”, ante la capacidad de memoria de nuestros dispositivos informáticos y nuestra pereza psicológica para elegir (es decir, decidir “eliminar”), lo que nos lleva a almacenar basura o a engancharnos a todo tipo de recuerdos que acabamos olvidando.

Las voces de alerta de los que consideran que nuestra capacidad de archivo también puede ser una amenaza, más allá de las obvias oportunidades, se hacen más audibles y persistentes que nunca. Y aunque alimentan, de nuevo, un cierto fatalismo y desconfianza hacia la tecnología, lo cierto es que el desenlace dependerá, como siempre, de nuestro uso y de nuestra formación para utilizar las posibilidades de la tecnología y de cómo vivamos y sintamos cada dato, cada idea, cada *link*.

El debate iniciado –y casi ignorado– tiene profundas repercusiones en el ámbito de la política democrática. Si la política olvida o no recuerda, o no es capaz de recordar, las posibilidades de volver a cometer errores históricos aumenta. La política no puede olvidar lo que siempre debería recordar. Nuestra capacidad de archivo y almacenamiento es un

arma de doble filo si relaja el discurso de la historia en la oferta política democrática. Quizás una explicación que debería merecer más nuestra atención es que el resurgimiento de la ultraderecha en las elecciones europeas de 2009, así como el creciente número de expresiones políticas xenófobas responde a que parte de la política democrática (en especial la socialdemócrata) ha relajado su capacidad de memoria y recuerdo. La izquierda, atrapada por la gestión del presente y olvidando la historia, ha perdido el discurso del futuro.

Aristóteles creía que la memoria estaba alojada en el corazón (que consideraba mucho más importante como órgano humano que el cerebro), por eso los romanos empleaban la palabra *recordari*, derivada del *cor* (corazón) cuando hablaban de lo que no se podía –o debía– olvidar. La memoria no garantiza el recuerdo si no es emocional. Sólo los recuerdos vividos son perdurables y no se olvidan. Ahí están las oportunidades para la política, para los progresistas. Vivir el presente, vivir las ideas, para no olvidarlas y, así, ser capaces de un relato de la esperanza y del futuro.

Quizás Aristóteles tenía razón. El Informe *Grand Challenges in Computing Research 2008* –de la prestigiosa institución *British Computer Society BCS*– recoge los avances del proyecto *Memories for Life*, del profesor de inteligencia artificial Nigel Shadbolt, de la Universidad de Southampton (Reino Unido). Asegura el científico que en el transcurso de los próximos 20 años los ordenadores reconocerán emociones humanas y podrán almacenar, en una sola unidad, toda la información, experiencias y emociones de un individuo a lo largo de toda su vida. La creación de estos “archivos del conocimiento”, y sus complejas interrelaciones, permitirían, también, comprender (sentir, vivir, saber...) qué sucedió en el pasado y explorar, con mejor capacidad de anticipación, los escenarios del futuro.

La biotecnología podrá ayudarnos a predecir el futuro y recordar, para siempre, lo que nunca deberíamos olvidar: nuestros errores individuales y colectivos. Aunque también nos tentará justo lo contrario. *The Times* informaba hace unas semanas que unos investigadores de Brooklyn, Nueva York, han probado un fármaco en unas ratas capaz de bloquear una sustancia química fundamental para la memoria. En el futuro podríamos borrar miedos crónicos o –quizás– adicciones. Son imaginables también otras hipótesis menos positivas.

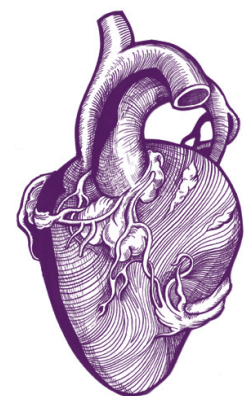
La comunicación fragmentada

Al mismo tiempo que nuestra capacidad para el archivo aumenta, se impone una fragmentación acelerada de la comunicación, en especial en las redes sociales y en los entornos digitales, que contribuye al vértigo ante un modelo relacional en el que parece primar el instante, lo inmediato, lo fugaz.

Vivimos guardando favoritos (o amigos) con diversos marcadores y rastros digitales en nuestros navegadores o repositorios *online* que difícilmente volveremos a ver o releer. Referenciamos (archivamos) constantemente, pero la aceleración –competitiva– de los procesos de comunicación y relación en la Red nos aleja de la memoria que asocia y construye; no de la que acumula y guarda. No es de extrañar, en este contexto, que un éxito de ventas reciente se titule *Cómo hablar de los libros que no se han leído* (Pierre Bayard).

Hablamos con fragmentos, con citas que podemos recordar y repetir. Nuestra capacidad de reflexión, contraste, debate... puede verse cuestionada por la apología de lo breve (el síndrome de los 140 caracteres tan habitual en la mensajería corta o en *Twitter*, por ejemplo). Daniel Innerarity habla de que “prima el presente, y las líneas del tiempo apenas contemplan el pasado inmediato, pero casi nada el futuro. Vivimos una época de imperialismo temporal”.

La izquierda tendrá un gravísimo problema de representación política en la sociedad digital si es incapaz de entender las características de la nueva construcción del relato social y si entre sus características renovadas no se encuentra la capacidad de recoser retales sociales



El prestigio del aforismo crece, sus metáforas son cada vez más valoradas, su intensa síntesis provoca fascinación. Éstas, además, se verán pronto superadas –y enriquecidas– con una nueva dimensión del recuerdo y la memoria gracias a los desarrollos de la *web* semántica y de las propias características de Internet. ¡Por fin, podemos repetir, sin tener que elaborar! La conversación fragmentada se impone. Lo breve y rápido gana la batalla a lo denso y lento. Pero, ¿podremos afrontar la complejidad, desde lo casi efímero, desde esta fugacidad que caracteriza parcialmente muchas de nuestras relaciones y conversaciones digitales? ¿O deberemos a aprender, de nuevo, a reconstruir, a relacionar, a sumar?

No debería sorprender, pues, que en la cultura digital, seguir una conversación sea “seguir el hilo”. Se deben coser y recoser fragmentos. El problema es de “aguja e hilo.”

Vivir las ideas, sumar emociones

Los mercados son conversaciones, pregonaba el *Manifiesto Cluetrain*. Cada vez más, parece que acertaron. Pero lo que confirma la cultura digital es que, más que los mercados, son nuestras sociedades las que son –fundamentalmente– una gran conversación conectada. Por ejemplo, un millón de personas cada día crea su propio perfil en *Facebook*, una de las plataformas más populares con 200 millones de contactos. Y esta cifra no para de crecer. Las relaciones personales son la nueva identidad en el mundo global.

Pues bien, para que lo fragmentario no sea fútil ni frágil, ni lo archivado rápidamente olvidado; hay que pensar cómo vivimos y rearticulamos *los trozos* para ofrecer soluciones y pensamientos que sitúen lo colectivo (lo comunitario, lo social) en el epicentro de la política democrática. La izquierda tendrá un gravísimo problema de representación política en la sociedad digital si es incapaz de entender las características de la nueva construcción del relato social y si entre sus características renovadas no se encuentra la capacidad de recoser retales sociales.

Y si los mercados son conversaciones, la inteligencia es colectiva y las personas son –sobre todo– relaciones... sólo la idea vivida (compartida) es la que no olvidaremos. La política democrática y progresista debe tener una praxis comunitaria. Las 200.000 personas que estuvieron en Berlín, en el verano de 2008, para escuchar a Barack Obama sintieron que vivían un momento histórico. La mayoría afirmaba que la motivación para asistir era que querían poder decir “yo estuve allí”. Aunque, después de un tiempo, la mayoría no recuerde apenas frase alguna de su intervención, eso no será necesario para que no olviden nunca aquel momento. ¿Cuántas de nuestras propuestas políticas presenciales son capaces de generar tal emoción? O volvemos a emocionarnos en un acto público político... o no habrá opciones para los progresistas en una sociedad acelerada, fragmentada y olvidadiza. ■

Enlaces de interés

Condenados a la estupidez digital (Juan Freire)
Fuente: SOITU (16.06.08)

Más información no significa más conocimiento
Fuente: Bajo La Línea (26.02.09)

Els suports de la informació (Umberto Eco)
Font: AVUI (24.04.09)

Internet es un legado al futuro (Tim Berners Lee)
Fuente: El País (22.04.09)

Microrrelatos (Andrés Ibáñez)
Fuente: ABC Digital (22.03.09)

Federalisme cultural a Espanya

ÀLEX SÁEZ
Diputat al Congrés

Estranyament sembla haver passat desapercbut per a molts, però la primera compareixença de la nova ministra de cultura Ángeles González-Sinde al Senat mereix ser anotada i recordada com una fita cap al model desconcentrat i federal que tanta gent del món de la cultura i de la política a Catalunya i al conjunt d'Espanya hem defensat. La ministra va presentar-se “no com a ministra de Cultura d'Espanya, sinó com a ministra de les cultures d'Espanya”. Per primer cop, el ministeri traslladava una visió marcadament federal en la gestió de les polítiques culturals, fet en el qual hem insistit els socialistes catalans d'antuvi, i que trencava una dinàmica de model unitari, de rescat competencial, en què semblava que s'havia instal·lat la direcció ministerial a la *plaza del Rey*, i on sovint s'acabava convergint amb el concepte de cultura que domina a la dreta espanyola.

Si entenem el federalisme com una forma d'Estat que acull la descentralització política, la desconcentració administrativa en base a unes entitats territorials autònomes, federals, i que en certa manera concilia la unitat i el pluralisme, la cultura pot ser clarament el millor exponent del model que sempre hem defensat.

En un moment en el qual diferents forces polítiques nacionalistes de dreta i d'esquerra qüestionen la pròpia existència del Ministeri de Cultura per raons competencials o de contenció de la despesa –per què la cultura ha de patir sempre les primeres restriccions en temps de crisi? –, emergeix amb força el nostre model propi, el d'un ministeri cooperatiu que tendeix la mà a la col·laboració institucional, que impulsa, que protegeix i estimula la realitat plural cultural i lingüística d'Espanya. Una riquesa, una oportunitat de posar en valor el millor de les nostres cultures dins l'articulació autonòmica de l'Estat i la de promoure i projectar aquesta diversitat cultural a l'exterior.

En el marc de cooperació tan poc desenvolupat en el nostre Estat, la concertació i coordinació entre administracions (les noves agències estatals, els consorcis, les xarxes, els circuits, les inversions compartides, la gestió i participació en les grans infraestructures culturals) són els instruments que cal aprofundir i potenciar en la dimensió descentralitzada i federal de les polítiques culturals.

Caminem –i les paraules de la ministra en són un bon exemple– cap a aquest Ministeri de les Cultures dels pobles d'Espanya que garanteixi la promoció de la pluralitat i diversitat cultural en col·laboració i cooperació amb els governs autonòmics i locals. La idea federal no significa una divisió vertical de poders, en què prima el poder de l'Estat davant l'autogovern de les Comunitats Autònomes, sinó que prima la pluralitat, la llibertat cultural en el desplegament de polítiques públiques, i el valor de la cooperació i el respecte al marc constitucional i estatutari.

La Constitució espanyola (CE), en el seu preàmbul, manifesta clarament la voluntat de la nació espanyola de protegir tots els espanyols i pobles d'Espanya en l'exercici dels drets humans, les seves cultures i tradicions, llengües i institucions i a promoure el progrés de la cultura per assegurar a tots una digna qualitat de vida. L'article 9.2 CE, en el títol preliminar, garanteix la participació dels ciutadans en condicions d'igualtat també a la vida cultural, i dins el títol I, que correspon als drets i deures fonamentals, l'article 44 CE obliga els poders públics a la promoció i tutela a l'accés a la cultura a la que tothom